

COLABORADOR INVITADO

2 de octubre

ALBERTO NÚÑEZ ESTEVA

En memoria de los estudiantes muertos en busca de la libertad.

Miles de jóvenes estudiantes, muchachos y muchachas, van arribando a la Plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco. Es la tarde del 2 de octubre de 1968, cuando se celebra un mitin convocado por el Consejo Nacional de Huelga del movimiento estudiantil. Miles de soldados en camiones, tanques de guerra y remolques con ametralladoras empiezan a rodear la plaza. Un helicóptero da vueltas por encima de la muchedumbre en forma amenazadora y produciendo un ruido ensordecedor. Individuos que portan un guante blanco en la mano izquierda —que, después se supo, formaban parte del Batallón Olimpia del gobierno— se confunden entre los vecinos que habitan en los edificios del Conjunto Nonoalco-Tlatelolco. ¿Diez mil

estudiantes? ¿Cinco mil soldados?

Son las seis de la tarde y la Plaza está abarrotada de estudiantes y maestros. En el interior del centro ceremonial, los estudiantes; rodeando a éstos, el ejército; desde los balcones de los edificios, los vecinos: hombres, mujeres y niños; en las terrazas, los líderes y otros estudiantes, entre los que se han introducido esos individuos que enfundan su mano izquierda con un guante blanco. Los líderes del Movimiento toman la palabra e inician sus arengas ante la multitud en la forma acostumbrada. Los estudiantes miran con recelo ese helicóptero que cada vez vuela más cerca de ellos.

Son las seis de la tarde con quince minutos cuando se lanzan luces de bengala desde el helicóptero y los individuos del guante blanco comienzan a disparar ¿contra los soldados? El pavor cunde entre la multitud. El General José Hernández

Toledo, Comandante de las tropas del ejército, cae herido por una bala. Los soldados repelen el ataque y disparan en contra de los estudiantes y de los habitantes del Conjunto Nonoalco-Tlatelolco. Una muchedumbre enloquecida intenta huir, pero el ejército ha rodeado la plaza y dificulta su fuga. Los individuos del guante blanco disparan a diestra y siniestra, hiriendo y matando a vecinos y estudiantes. Los soldados disparan sus rifles y las ametralladoras contra la multitud. La escena es dantesca: gritos de rabia, de horror, de odio, de dolor. Mujeres cargando a sus hijas en brazos corren sin saber a dónde llevarlas. Un soldado golpea brutalmente a un estudiante con la culata de su rifle y lo derriba; de los cabellos lo levanta y lo pateo sin piedad. Una periodista italiana que cubre el evento cae herida por una bala y se retuerce de dolor sobre el suelo, revolcándose en su sangre,

entre gritos de los heridos y rodeada de cadáveres. La violencia provoca que los hombres se conviertan en bestias sedientas de sangre, bestias humanas que gozan con el dolor de sus semejantes, bestias disfrazadas de soldados, bestias con un guante blanco en la mano izquierda, bestias... Los gritos de los estudiantes brutalmente golpeados se entremezclan con los de los viejos, las mujeres y los niños que habitan en los departamentos y que también caen heridos por las balas... o muertos. ¿Cuántos muertos? ¿Cuántos heridos? La cifra oficial —una más de sus cínicas mentiras— habla de 28 muertos y 700 heridos. ¿Quién les cree? No cuentan entre los muertos aquellos que, según versiones que corrieron posteriormente, fueron arrojados al mar para que nadie supiera de ellos.

¿Por qué sucedió todo esto? ¿El tiempo transcurrido permite aclarar el hori-



Fecha 02.10.2009	Sección Primera	Página 9
----------------------------	---------------------------	--------------------

zonte? Cada quien tiene su versión, yo tengo la mía. Un sistema represivo, horriblemente represivo, representado por un Presidente, Díaz Ordaz, cuyo feo rostro reflejaba odio e intolerancia, la absoluta intolerancia de ese régimen dictatorial que sufríamos y tolerábamos los mexicanos, y del cual algunos eran víctimas y otros beneficiarios; un régimen que llevó a extremos inconcebibles los métodos brutales que, en aquel entonces, se acostumbraban para impedir que alguien pusiera en tela de juicio el poder del gobierno. Ahí estaban los peones de Díaz Ordaz que jugaron su partida de ajedrez: Luis Echeverría Álvarez, el alfil, quien encontró en esta triste página de la historia su camino hacia la Presidencia; el general Corona del Rosal, regente de la Ciudad de México, quien perdió su carrera por la presidencia frente a Luis Echeverría; y muchos otros de recuerdo infame que tomaron el papel de verdugos al servicio de un régimen criminal. Años después el ya ex-presidente Díaz Ordaz declaró: *“El peor error que cometí durante mi mandato fue el de haber entronizado a Luis Echeverría en la Presidencia”*.

Su peor error fue el haberse convertido en asesino. Su segundo error, el que el propio Díaz Ordaz señala.

Conquistar la libertad de la que ahora disfrutamos ha sido fruto de una hazaña inaudita a cargo y por presión de la sociedad mexicana. ¡Nunca, nunca, debemos perderla! Defenderla a toda costa es nuestra obligación y así, entre otras cosas, rendimos tributo a quienes han muerto por ella.

“La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra y el mar encubre; por la libertad así como por la honra, se puede aventurar la vida y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres”. Así dijo Don Quijote de la Mancha a su ilustre escudero.

El autor es presidente de Sociedad en Movimiento, ex presidente de la Coparmex y fue profesor de la UNAM de 1955 a 1980; sociedad.en.movimiento@hotmail.com